

STURGEON, ZELAZNY, SPINRAD, DELANY,
BALLARD, LAUMER...

VISIONES PELIGROSAS III

Harlan Ellison

SUPER
FICCIÓN



La mas famosa antología de ciencia ficción publicada en Estados Unidos. Su aparición en lengua inglesa provocó una auténtica revolución, tanto por su originalidad (ha sido la primera antología de relatos inéditos) como por la circunstancia de que el antólogo dio absoluta libertad a los autores en cuanto a temática y expresión literaria.

Introducción

Si se han saltado ustedes los volúmenes 1 y 2, queridos lectores, salgan y cómprenlos, léanlos, y luego acudan de nuevo a éste. Si hacen eso, obtendrán dos tercios de una obra hecha con amor y se liberarán de la cárcel de la moribunda literatura general. (Supongo que han ido ustedes a hacer lo que les he dicho, y ya están de vuelta.)

Hola.

Estamos en mayo de 1969 cuando escribo esto. Don Bensen, de la editorial Berkley, me dice que los primeros dos volúmenes de estas viviseccionadas Visiones peligrosas se están vendiendo bien, gracias. Nadie dudaba que sería así. Todo lo que uno tiene que hacer para asegurarse el éxito es reunir a treinta y dos de los mejores escritores en la cúspide de su carrera, darles libertad absoluta, dejar que los Dillon los ilustren, rodearlos con adorables y copiosas introducciones y apéndices, y esperar a que la buena gente descubra las joyas que contienen.

Para que el descubrimiento de estas joyas sea total, déjenme decirles que estoy preparando un volumen compañero de estas Visiones peligrosas. Llevo trabajando en él casi un año cuando escribo esto. Su título será *Again Dangerous Visions (Nuevas visiones peligrosas)*.

Más escritores, y distintos escritores. Ninguno de ellos está representado en este primer libro. Y algo extraño y maravilloso en el nuevo libro. Nuevos escritores. Gente de la que es probable que usted no haya oído hablar nunca.

Nombres como Hank Davis, Josephine Saxton, Greg Benford, Evelyn Lief y Ed Bryant.

Oh, habrá también nombres que ustedes podrán reconocer.

Nombres como Piers Anthony, Ben Bova, Terry Carr, Kate Wilhelm y Bernard Wolfe. Pero hay historias escritas para este nuevo libro que le harán sentir que *Visiones peligrosas* fue solamente un ensayo general, un precalentamiento.

Treinta mil palabras de Richard Lupoff tituladas *Con los Retumbantes Muchachos de Bentfin en la Pequeña Vieja Nueva Alabama*, relatos cortos completamente frescos y distintos como el *Viaje temporal para peatones* de Ray Nelson, o el hermoso *El funeral de Kate Wilhelm*, o *En la granja*, un relato de Piers Anthony capaz de retorcerle a uno las tripas. Y voces firmes y originales como Graham Hall, N. John Harrison, James Sallis.

Porque *Visiones peligrosas* hizo bien su trabajo, amigos. Inició una corriente. Malditas sean las «olas» de la vieja o de la nueva ciencia ficción; ésta es la ola, muchachos, la oleada, el oleaje, toda la corriente. Una marea ascendente de jóvenes escritores demostrándoles a sus viejos maestros que están aquí. Porque cuando *Visiones peligrosas* estaba en su estadio preparatorio, demasiados escritores no creían en su publicidad. No creían que realmente se pudieran echar a un lado todos los impedimentos y que la cosa funcionara. Pero Fritz Leiber sí lo creyó, y lo mismo hicieron Phil Farmer, y Phil Dick, y Sonya Dormán, y Carol Emshwiller, y Chip Delany. Pudieron burlarse del proyecto, y en cambio trabajaron duramente. Ahora todo el mundo cree en él, y les aconsejo que no se pierdan el volumen compañero de estos tres. Un libro más grande, más voluminoso que *Visiones peligrosas* con escritores que no están representados aquí. Porque *Visiones peligrosas* nos ha enseñado una gran lección.

La próxima vez no vamos a ir en busca de una simple revolución: vamos a cambiar el rostro entero del género.

¡Vamos a utilizar las estrellas como escalones para subir!

Los Ángeles
HARLAN ELLISON

Si todos los hombres fueran hermanos, ¿dejarías que alguno se casara con tu hermana?

(Theodore Sturgeon)

Ésta será la introducción más corta de este libro. ¿Porque de todos los escritores incluidos en esta antología el único que realmente no necesita introducción es Theodore Sturgeon? Bueno, así es, ciertamente. ¿Por qué nada de lo que nadie pueda decir es capaz de preparar al lector a lo que sigue, la primera historia de Sturgeon en más de tres años? Es un punto válido. ¿Por qué cada nueva historia de Sturgeon es una experiencia largamente esperada, sin parangón con ninguna otra, de modo que para qué molestar-se en dorar el caviar? De acuerdo, aceptaré eso.

Pero ninguna de esas razones me sirve para explicar por qué soy incapaz de escribir una introducción tan succulenta como las otras que figuran en este libro. La verdadera razón es que Sturgeon salvó recientemente mi vida. De una forma literal.

En febrero de 1966 cometí uno de esos increíbles fallos de la vida que desafían toda explicación o análisis. Me casé con una mujer..., una persona..., alguien cuya mente es completamente extraña a uno del mismo modo que puede serlo la mente de un marciano. La unión fue un desastre, una pesadilla de cuarenta y cinco días que me dejó más al borde del abismo de lo que nunca había estado. En el preciso momento en que pensaba con toda seguridad que ya

no podría seguir sujetándome a..., a nada, recibí una carta de Ted Sturgeon. Formaba parte del intercambio de cartas que dieron como resultado el obtener esta historia para la antología, pero estaba dirigida enteramente a lo que me estaba ocurriendo a mí. Reunió de nuevo los muelles sueltos de mi vida. Era uno de esos ejemplos de honesta preocupación a los que (con suerte) uno puede aferrarse en un terrible momento de impotencia y desesperación. Demuestra la más obvia característica de la obra de Sturgeon..., el amor. (En una ocasión hablamos de eso. Resultó claro tanto para Sturgeon como para mí mismo que yo no conocía virtualmente nada acerca del amor y en cambio estaba totalmente familiarizado con el odio, mientras que Ted no conocía casi nada acerca del odio pero lo sabía completamente todo del amor en casi todas sus manifestaciones.) Me gustaría, con permiso de Ted, citar algunos fragmentos de aquella carta. Dicen infinitamente más acerca de su obra y de sus motivaciones que cualquier otra cosa que yo pretenda decir. A partir de ahora, pues, habla Sturgeon:

Querido Harlan: Desde hace dos días no he podido apartar de mi mente tu situación. Quizá sería más exacto decir que tu situación está constantemente en mi cabeza, como una miga seca de inquietud que no puede ser expulsada ni disuelta ni tragada y que cada vez que me muevo o intento engullirla me estrangula.

Supongo que el aspecto que más me exaspera es el de «injusticia». La injusticia no es un fenómeno aislado y homogéneo, como tampoco lo es la justicia. Una ley es una ley, haya sido violada o no, pero la justicia es recíproca. Que una cosa así te haya ocurrido a ti es una injusticia más grande que si le hubie-

ra ocurrido a los más representativos de esta población en expansión demográfica.

Sé exactamente el porqué, también. Es una injusticia porque tú te hallas del lado de los ángeles (que, dicho sea de paso, no parecen muy dispuestos a echarte una mano en este momento). Perteneces al pequeño grupo de los Buenos Chicos. Y eres así no por algún proceso de intelectualización y decisión, sino reflexivamente, instantáneamente, de manera glandular, ya se manifieste en la caja de un supermercado donde tengas que enfrentarte a esos tipos de la John Birch, o en una sala de billar dando la cara a un famoso matón, o dejándote las entrañas frente al rodillo de tu máquina de escribir.

No hay falta de amor en el mundo, pero hay una gran carestía de lugares donde ponerlo. No sé por qué es así, pero la mayoría de la gente que, como tú, tiene una inherente habilidad para trepar por los más escarpados riscos con uñas y dientes, tiene poco de él, o está tan equipada con picas y ganchos de acero que no puede verlo. Cuando se muestra en un hombre así —como ocurre contigo—, cuando se ilumina, debería ser cuidado y reverenciado. Ésta es la esencia de la injusticia que se ha cometido contigo. No debería ocurrir, pero si debe ocurrir, no debería ocurrirte a ti.

Tienes motivos para sentir muchas cosas, Harlan: cólera, indignación, pesar, tristeza... Theodor Reik, que ha hecho algunas brillantes autopsias del amor, declara que su fin no se halla en ninguna de esas cosas; si es así, hay muchas posibilidades de que algunas de ellas estuvieran ahí desde el principio. Termi-

na con la indiferencia...; realmente termina con la auténtica indiferencia. Ésta es una de las cosas más tristes que conozco. Y en toda mi vida sólo he hallado a un escritor, en una ocasión, que fuera capaz de describir el momento exacto en que se produjo, y era el relato más triste que haya leído nunca. Te lo envío ahora en tu aflicción. El principio tras el obsequio se llama «contrairritación». Léelo en una buena disposición..., si puedes. Me gustaría que supieras que si de alguna forma te ayuda y sostiene, tienes todo mi respeto y afecto. Sinceramente tuyo, T. H. STURGEON.

Así terminaba la carta que me ayudó y me sostuvo. Junto con la carta iba el número 20 de los Twenty Love Poems based on the Spanish of Pablo Neruda (Veinte poemas de amor basados en el texto castellano de Pablo Neruda), por Christofer Logue. De Songs (Canciones), Hutchinson amp; Co., Londres, 1959. Es esta libertad de dar, esta habilidad y deseo de encontrar amor y ofrecerlo libremente en todas sus formas, lo que hace de Sturgeon la criatura mítica que es. Complejo, atormentado, luchador, bendecido por una increíble gentileza y, sobre todo lo demás, con un enorme talento, lo que acaban de leer es el alma de Theodore Sturgeon. Se lo ruego, pasen a lo mejor que pueden encontrar en cualquier escritor: una muestra de la obra que motiva toda una vida. Y gracias.



El Sol se convirtió en Nova en el año 33 D. E. (D. E. significa «Después del Éxodo».)

También se podría decir que el Éxodo tuvo lugar más o menos un siglo y medio D. I., si aceptamos que D. I. quiere decir «Después de la Impulsión». La Impulsión, para evitar tecnicismos, consistía en un dispositivo algo más simple que la mujer y considerablemente más complicado que el sexo, que posibilitaba que un vehículo espacial dejara de existir aquí mientras simultáneamente aparecía allí, eliminando las limitaciones impuestas por la velocidad de la luz. Se podría redactar un informe realmente impresionante sobre la astrología mediante el empleo de la Impulsión, con todos los detalles de orientación aquí y allí y las hasta cierto punto filosóficas dificultades de establecer relaciones entre ellos, pero este relato no encaja en ese tipo de ciencia ficción.

Convendría más a nuestros propósitos, en cambio, informar que la transformación del Sol en Nova fue plenamente advertida; que los primeros cincuenta años D. I. fueron empleados en perfeccionar el dispositivo de Impulsión y en explorar con vehículos no tripulados, que localizaron gran cantidad de planetas aptos para el establecimiento humano; podríamos agregar que los cien años siguientes se utilizaron en preparar a la humanidad para la partida. Naturalmente eso dio origen a innumerables grupos ideológicos con muy interesantes planes para lograr una u otra Cultura Perfecta, la mayoría de los cuales estaban en desacuerdo con el resto. La Impulsión, sin embargo, había proporcionado a la Tierra un acopio tan grande de mundos nuevos separados por distancias subjetivas tan insignificantes entre ellos y el planeta de origen que los disidentes no necesitaban insistir demasiado en su desacuerdo; bastaba con postularse para otro mundo nuevo y se eliminaba el problema. Las comparaciones entre tantas y tan variadas teorías culturales eran realmente fascinadoras, pero este relato tampoco pertenece a ese tipo de ciencia ficción. Por lo menos, no del todo.

De todos modos, el caso fue que en un lapso de poco menos de tres décadas Terra fue despoblada con ayuda de muchos miles de naves que partían hacia cientos de mundos (dejando atrás, por supuesto, a ciertos recalcitrantes que, por supuesto también, ciertamente murieron); y los nuevos mundos fueron colonizados con gran variedad de hechos heroicos, así como también de éxito.

Sucedió, sin embargo (de una manera demasiado abstracta para ser descrita en este tipo de relato de ciencia ficción) que la Central de Impulsión de la Tierra, un computador central, era no sólo la única manera de seguir el rastro de todos los mundos, sino también el único modo de mantenerlos comunicados entre sí, y cuando esta instalación sumó su efímera mancha brillante al océano deslumbrador de la Nova, desapareció toda posibilidad de que los nuevos mundos se encontraran unos con otros sin el arduo proceso de búsqueda por medio de naves no tripuladas. Les llevó largo tiempo a cada uno de los mundos nuevos desarrollar la necesaria tecnología, e incluso un tiempo más largo aún para que dicha tecnología se tornara operacionalmente productiva, pero al fin, en un planeta que se llamó a sí mismo Terratu (el sufijo significaba tanto «también» como «dos»), pues resultó ser el tercer planeta de una estrella tipo GO, apareció algo que fue llamado Archivos, una especie de índice y centro distribuidor de todos los mundos habitados conocidos, que convirtió a dicho planeta en la central de comunicaciones y despachos, tanto para su propio comercio con ellos como para las relaciones de unos con otros; en suma, algo muy beneficioso para todos. Un efecto colateral, por supuesto, fue la convicción desarrollada en Terratu de que, por el hecho de ser la Central de Comunicaciones, era también el centro del universo, y por lo tanto debía controlarlo; pero después de todo, esos son los gajes del oficio que aquejan a todas las entidades conscientes.

Y ahora ya estamos en condiciones de determinar con exactitud qué tipo de relato de ciencia ficción es éste.

—Charli Bux —restalló la voz de Charli Bux—, para ver al Director de Archivos.

—No lo dudo —contestó la bonita chica del escritorio, con el frío tono que las chicas bonitas reservan para los visitantes apurados e indignados, que claramente ignoran, o no les interesa, que la chica sea bonita—. ¿Concertó la entrevista con anterioridad?

El hombre parecía joven y agradable, a pesar de su prisa e indignación. Sin embargo, el modo en que disimulaba esas cualidades, fijando —por fin— sus ojos entrecerrados en la cara de ella vuelta hacia arriba, sin demostrar en ningún momento signos de haber reparado en su hermosa juventud, logró que la chica lo catalogara como desagradable.

—¿Tiene un libro de citas? —replicó él, fríamente.

Ella no encontró ninguna respuesta adecuada, pues tenía un libro de esa especie; es más, estaba abierto delante de ella. Colocó una dorada y bien cuidada uña sobre el nombre inscrito, comparándolo, con entusiasmo negativo, con su cara, y siguió el renglón hasta la hora anotada. Echó una rápida mirada al reloj de su escritorio, posó una uña en un intercomunicador y dijo:

—Un tal señor Charli..., este..., Bux quiere verlo, señor Director.

—Hágalo pasar —contestó el intercomunicador.

—Puede pasar.

—Ya lo sé —fue la seca respuesta.

—Usted no me gusta.

—¿Cómo dice? —preguntó él.

Pero evidentemente estaba pensando en otra cosa y antes de que ella pudiera repetir la observación desapareció por la puerta interior.

El Director de Archivos había desempeñado sus funciones el tiempo suficiente como para esperar de sus interlocutores cortesía, respeto y sumisión, y además eso le complacía. Charli Bux irrumpió en su despacho, arrojó estrepiti-

tosamente una carpeta sobre el escritorio, se sentó sin ser invitado, e inclinándose hacia delante rugió:

—Maldita sea...

Gracias a que había sido prevenido, el Director de Archivos no se sorprendió. Había planeado exactamente todo lo que debería hacer para manejar a aquel joven impetuoso, pero al tener que enfrentar la medida real del temperamento de Bux comprobó que sus planes eran menos útiles que despreciables. Estaba sorprendido, pues una rápida ojeada a su boca abierta y a los febriles movimientos de sus manos —gesto que creía perdido y olvidado mucho tiempo atrás— echó por tierra cualquier plan que pudiera haber trazado previamente.

—Uf..., la puta que lo parió —gruñó Bux, mientras su rabia se desinflaba notoriamente—. La grandísima puta que lo parió. —Miró a las horrorizadas cejas del viejo e hizo una mueca—. Creo que no es culpa suya. —La mueca desapareció—. Pero de todas las estúpidas demoras que he soportado en mi vida, ésta ha sido sin duda la peor. ¿Tiene usted idea de la cantidad de oficinas en las que he entrado y salido con esto —golpeó la pesada carpeta— desde que volví?

El Director de Archivos lo sabía perfectamente, pero de todos modos preguntó:

—¿Cuántas?

—Demasiadas, pero así y todo la mitad de las que recorrí antes de ir a Vexvelt.

Al decir eso cerró los labios con un chasquido y se inclinó hacia delante nuevamente, clavando su brillante y penetrante mirada, como dos rayos láser gemelos, en el viejo. El Director se descubrió a sí mismo luchando por no ser el primero en desviar la mirada, pero el esfuerzo lo obligó a recostarse cada vez más atrás, hasta que por último se apoyó en los almohadones de su sillón, con la barbilla apenas levantada. Comenzó a sentirse un poco ridículo, como si se

hubiera visto obligado con engaños a trabarse en lucha con el criado de un desconocido.

Fue Charli quien primero apartó la vista, pero ésa no fue una victoria del viejo, ya que la mirada del muchacho dejó sus ojos en forma tan perceptible como si su pecho se hubiese librado de la presión de la palma de una mano, y literalmente se desplomó hacia delante al aliviarse la fuerza que lo retenía. Sin embargo, aunque hubiese sido una victoria para él, Charli Bux pareció despreocuparse por completo del asunto.

—Creo que voy a contarle todo acerca de... cómo llegué a Vexvelt —dijo, tras una larga y concentrada pausa—. No tenía pensado hacerlo, o al menos iba a decirle sólo lo que creía que usted necesitaba saber. Pero recuerdo lo que tuve que pasar para llegar hasta allí, y lo que todavía estoy pasando desde que regresé, y al parecer todo es lo mismo. Ahora las trabas han desaparecido. Ignoro qué las reemplazará pero, por todos los demonios del infierno, ya han conseguido sacarme de quicio, ¿entiende?

Si esas palabras eran un intento de llegar a un acuerdo, el Director de Archivos no tenía la menor idea de qué se trataba.

—Creo preferible que empiece por algún sitio —dijo diplomáticamente; y luego agregó, sin levantar la voz pero con inmensa autoridad—: Y con calma.

Charli Bux lanzó una sonora carcajada.

—Nunca paso más de tres minutos con alguien sin que me pida que me calme. Bienvenido al Club de Apaciguadores de Charli; miembros: la mitad del universo; miembros potenciales: todo el resto. Lo siento. Nací y me crié en Biluly, donde no hay más que vientos alisios, cañones de roca desnuda y arrecifes, y donde la única manera de susurrar es a gritos. —Hizo una pausa y prosiguió más apaciguado—. Pero no vamos a ponernos ahora a discutir el asunto. Estoy hablando de un leve detalle aquí, y otro pormenor allá, que

puestos juntos y sumados dan la idea de que existe un planeta del que nadie sabe nada.

—Hay miles...

—Quiero decir, un planeta del que nadie quiere que se sepa nada.

—Supongo que habrá oído hablar de Magdilla.

—Sí, con catorce tipos de microsporas alucinógenas desperdigadas en la atmósfera y con carcinógenos en el agua. Nadie quiere ir allí, y nadie quiere que otros vayan, pero nadie le impide a uno conseguir información sobre Magdilla. No, me refiero a un planeta que no es noventa y nueve por ciento Terrón Optimum, ni noventa y nueve con noventa y nueve, sino tantos nueves que se podría cambiar el sistema de referencia y llamar a la propia Terra noventa y siete por ciento en comparación con él.

—Eso sería lo mismo que decir «ciento dos por ciento del normal» —acotó presurosamente el Director.

—Si usted prefiere las tablas estadísticas a la verdad...

—gruñó Bux—. Aire, agua, clima, flora, fauna y recursos naturales con seis nueves decimales, tan fáciles de obtener como en cualquier lugar, o más... Y nadie sabe nada de él. O si lo saben, fingen que lo ignoran. Y si uno los acorrala un poco lo mandan a otro departamento.

El Director extendió las manos.

—Yo diría que las circunstancias son una prueba suficiente. Si no hay contacto con ese, hum, notable lugar, eso demuestra que lo que quiera que posea se puede obtener tanto o más fácilmente mediante las rutas establecidas...

—¡Sí, obtener una mierda! —gritó Bux. Luego se domi-
nó y meneó la cabeza con amargura—. Perdóneme otra vez, señor Director, pero este asunto ya hace mucho que me enfurece. Lo que usted acaba de decir es lo mismo que si un par de trogloditas comentara «No tiene sentido edificar una casa ya que todo el mundo vive en cuevas». —Al ver los ojos cerrados, los largos y pálidos dedos apoyados